

¿Cristianismo fotocopia?

Stefano Maria Chiari - 27 de febrero 2008

Es posible encontrar en internet (y no sólo) el esfuerzo argumentativo de numerosos presuntos estudiosos (con más o menos títulos, no importa) dirigido a banalizar al cristianismo, catalogandolo como «religión fotocopia» de otros precedentes cultos paganos.

Según ellos, Jesús –¡personaje del que esos genios iluminados niegan la historicidad!– “*que haya existido o no, no dijo nada nuevo; su enseñanza no es original ni única, ni tan innovadora que sea auténticamente revolucionaria: Jesús es uno de tantos, ¿para qué perder tiempo con El? ...El acontecimiento del cristianismo, la Iglesia? Una de las más grandes imposturas de la humanidad*”.

¿Se habrán detenido tal vez a leer bien las páginas del Santo Evangelio examinandolas atentamente y confrontandolas meticulosamente con los escritos de otros fundadores de religiones o filósofos?

¿Estamos realmente seguros de que no haya alguna novedad? ¿Nada de nada?

Quien ésto escribe está perfectamente convencido de lo contrario y no sin pruebas objetivas.

Ante todo resulta evidente que, aunque el pensamiento humano, la sabiduría de pensadores e incluso de profetas inspirados podría acercarse a tanta altura, a ninguno de ellos es siquiera posible esbozar la belleza extrema que pertenece sólo a Jesucristo, a su Persona y a su mensaje.

Tanta profundidad merecería ya ser creída sólo por este motivo.

Detengamonos en el mensaje de Jesús; y de éste, nos limitamos a un solo aspecto: el amor.

En Cristo la enseñanza de la caridad sobrenatural es completamente innovadora.

Del amor muchos hablaron ya antes de Jesús, ¿es verdad! ¿Pero de qué modo? ¿En qué contexto?

En China, **Me-Ti**, así como **Confucio**, pensaron en el amor como el remedio de los males públicos, como amalgama natural del tejido social: necesario para evitar desórdenes en la colectividad.

La famosa máxima «*no hagas a los otros lo que tú no quieres que te hagan a tí*», dicha también por Confucio, se queda a un nivel simplemente negativo, sin poner en evidencia el aspecto positivo dell aforismo, como en cambio hará Jesús: «*Lo que quisierais que los hombres os hicieran a vosotros, hacedlo vosotros a ellos*» (Lucas, 6,31); parece poco, pero se trata de un cambio radical.

El misterioso **Lao-Tse** habló igualmente del amor, pero reduciendolo a buenos modales ante las ofensas.

Siddharta Gautama razonó acerca de la benevolencia, la compasión, respecto a todo ser viviente: pero lejos de representar una ulterior superación del egoísmo, constituye una ulteriore excrecencia: no olvidemos que el fin último indicado por **Buda** es anular los deseos (causa del dolor y del sufrimiento para el hombre), el hombre es solidario con el otro porque le es útil a sí mismo, a su impasibilidad.

Las religiones iránicas no van más lejos, como por lo demás también Atenas y Roma.

El paganismo antiguo, incluso el docto de los impasibles estoicos, no supera ni en sueños, en nombre del amor, las diferencias sociales de la esclavitud.

¿Cuánto está lejos la afirmación de San Pablo (contemporáneo de Séneca): «*Ya no cuenta más ser judío o griego; ya no cuenta más ser esclavo o libre; ya no cuenta más ser hombre o mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*» (Gálatas, 3,28)!

En cualquier caso estamos todavía y siempre lejos del amor evangélico como entrega total de sí en favor del otro, por el bien del otro, sea quien sea, sólo por el hecho de ser «otro».

El amor que Jesús enseña es, efectivamente, un amor diverso. No sólo lo es por la universalidad objetiva de aquellos que ama, sin discriminación de raza, lengua o condición social, amigos o enemigos (¡incluso!); sino que lo es también en relación con la fuente de la que procede: de Dios mismo.

La radicalidad que Jesús exige no sólo es completamente impresionante para la naturaleza humana, que siga con terquedad sus propias tendencias caprichosas (a causa del pecado original), sino que va más allá de toda posible ética hasta entonces pensada.

A Jesús le interesa el ser humano por entero; y para salvarlo, para divinizarlo totalmente, cuerpo y alma, quiere que esté libre de todo impedimento de corrupción y de pecado; por eso exige que sea radicalmente suyo, completamente «movido» por su Espíritu. Por eso afirma así: «*Pero Yo os digo: todo el que se enoja con su propio hermano, será sometido a juicio. Y el que dice su hermano:*

estúpido, será llevado ante el tribunal; y el que le dice: loco, irá a parar al fuego de la Geenna» (Mateo, 5,22).

El corazón, origen del sentir y del pensar humano, debe ser limpio y puro, capaz de hacer vivir y respirar dentro de sí el mismo Amor del Padre: el Espíritu Santo; toda reacción desordenada de abuso contra el otro, definido «el hermano» («*Pero vosotros no os hagáis llamar ‘rabbi’, porque uno solo es vuestro maestro y vosotros todos sois hermanos*», Mateo, 23,8) será sometida a juicio, porque crea en lo íntimo de la persona una herida, una enfermedad espiritual que la divide interiormente, en la medida que se separa del otro y a la vez se separa, precisamente por eso, también de Dios, que es Amor.

El Espíritu de Cristo, que vive en la profundidad desconocida del corazón en gracia, más íntimo que nosotros mismos, si no se ve obstaculizado por el propio «yo» y si se le deja en máxima libertad, ama y quiere hacerlo necesariamente. Ama a Dios y al prójimo.

Quien ama de verdad a Dios no puede no amar al hermano; qué cierto es lo que recuerda San Juan, que es un mentiroso el que dice que ama a Dios, odiando el prójimo; uno solo es el Espíritu que respira en el corazón del que ama; o se le «posee» o no. No cabe más.

Por eso, además, Jesús enseña a «*hacerse prójimo*».

La exortación está al final de la parábola del buen samaritano, cuando Cristo, en vez de indicar quién es el prójimo (como se le había preguntado), invierte el problema: enseña a hacerse prójimo, o sea, a bajar del nivel del propio pedestal existencial, donde cada uno coloca su propio mundo, y a salir de sí mismo para ir al otro, al encuentro de sus necesidades.

El Espíritu Santo es el que mueve al cristiano, es la fuente de la que brota ese agua que apaga toda sed y que purifica toda pústula. San Juan lo explica bien: «*Es Dios el que primero ama*».

El no se deja vencer en generosidad, por eso concede a todo el que quiera abrir la puerta del alma a la que llama insistentemente, que cene con El, sacando de esa intimidad todo el vigor necesario para hacer frente al mal y vencerlo, de forma radical.

«*Pero Yo os digo de no resistir al malvado; al contrario, si alguien te golpea en la mejilla derecha, tú presentale también la otra*» (Mateo, 5,39).

Todo impulso interior, toda inclinación íntima y manifestada queda dominada, subyugada, inermes, incluso contra la más natural de las reacciones: contestar golpe por golpe, violencia por violencia. El aviso de San Pablo de «*no hacer caso del mal recibido*» y de «*vencer el mal con el bien*» está vivo y realizado en el hombre de fe y de oración.

Cada movimiento interior está sometido por el poder del Espíritu Santo, el único que domina el corazón humano; cuando así es, la voluntad de la persona queda plenamente identificada con la de su Señor. Es la perfecta realización de la oración del Padre Nuestro: «*hágase tu Voluntad así en la tierra como en el Cielo*».

El mal queda vencido en su raíz. El amor que procede del Padre llena de sí todo el universo, partiendo precisamente del consentimiento del individuo, de su propia entrega interior en manos del Altísimo.

Pero para llegar a tanto, el hombre viejo tiene que estar crucificado, ha de morir al mundo; el hombre debe luchar contra sí mismo (¡sólo de quien se esfuerza y se hace violencia es el reino de los cielos, ha dicho Jesús!), pero sobre todo tiene que comprender que por sí solo no puede nada.

La humildad, reconocimiento de la verdad, es principio de todo progreso y mejoría espiritual.

Para lo cual, la sencillez evangélica se debe entender como simplificación de la propia personalidad, demasiado a menudo complicada y construída sobre falsos e vanos razonamientos. Por eso leemos en Mateo 5,37-48: «*Pero vuestro hablar sea; sí, sí; no, no; lo que excede viene del maligno*».

Aquí Jesús exige plena integridad moral, total correspondencia y sintonía interna entre lo que se vive y lo que se piensa o se dice; irremediable sencillez de corazón, sin doblez o engaño alguno.

«*Habéis oído que fue dicho: ojo por ojo y diente por diente; pero Yo os digo que no resistáis al malvado; al contrario, si alguien te golpea en la mejilla derecha, tú presentale también la otra; y a quien te quiere llevar a un juicio para quitarte la túnica, tú déjale también el manto. Y si uno te obligará a recorrer una milla, tú recorre con él dos. Da al que te pide y al que desea de tí un préstamo no le des la espalda*».

He aquí la superación no sólo de la Ley antigua, de Moisés y de los Profetas, sino también de las tradiciones humanas en general. *«Habeis oído que fue dicho: Amerás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo; pero Yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por vuestros perseguidores, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre los malvados y sobre los buenos, y hace que llueva sobre los justos y sobre los injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué mérito teneis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludais sólo a vuestros hermanos, ¿qué haceis de extraordinario? ¿No hace así también los paganos? Sed por tanto perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».*

La exigencia última manifestada por Jesús es la de ser verdaderamente «hijos» del único Padre; para ser perfectos como El es perfecto.

¡La perfección a la que Cristo llama no es un cumplimiento de preceptos o de normas, sino la experiencia de un ser plenamente hijos, del común sentirse familia!

¿Cómo es posible ser perfectos como el Padre?

¿Y amar no sólo al prójimo, sino incluso al enemigo?

Es absolutamente imposible para el hombre, pero no para Dios, porque nada Le es imposible.

Bien se comprende que el origen del bien en el hombre depende precisamente de esta transformación y ósmosis con Jesús: *«Permaneced en Mí y Yo en vosotros».*

El fruto de esta experiencia viva íntima de Cristo en lo íntimo del corazón es fruto del Espíritu Santo, y es lo que da alegría, paz y amor.

Lo cual (aunque se necesita la colaboración del hombre) es ante todo obra de Dios.

«Es Dios mismo el que nos confirma, junto con vosotros, en Cristo, y nos ha dado la unción, nos ha sellado y nos ha dado la prenda de Espíritu Santo en nuestros corazones». (2 Corintios, 1, 21-22); *«Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado»* (Romanos, 5,5).